

La historia contemporánea del reloj de la paz de Berlín

Tres metros mide. Pesa más de dos toneladas. Lo pone en movimiento un antiguo mecanismo de relojería benedictino. Sus columnas de mármol que se parten lo enmarcan haciéndolo parecer como si fuera un antiguo y atractivo portal. Su suave y pesado tictac suena como si fuera música y su arquitrabe porta la inscripción “El tiempo acaba con todos los muros”.

Éste es el reloj de la paz original de Berlín, como lo diseñó, construyó y presentó públicamente en 1989 el joyero LorenZ, y como todavía hoy en día puede verse en LorenZ.



Comenzó un jueves, el día de Júpiter, el día de la suerte

Pensado originariamente para ser un objeto de arte de relojería, una, en sentido literal, original sorpresa para la celebración del 115 aniversario de una de las primeras relojerías y joyerías de Berlín. Más de 250 invitados de honor asisten a esta celebración de LorenZ en Frieden'au (vega de la paz), preparada desde hacía tiempo. Champán como recibimiento, elegantes piezas de piano como entrante. En torno a las siete de la tarde toma la palabra el joyero LorenZ, y de inmediato se descubre el objeto de arte de relojería de gran peso. Estamos en Berlín “Oeste”, en medio de un barrio que el 9 de noviembre de 1874 fue creado con el nombre de la vega de la paz (Au des Friedens), en el mismo año que la joyería LorenZ. Estamos en Frieden'au que lleva en su escudo un ángel de la paz. Es la tarde del 9 de noviembre de 1989.

Nadie podía saber lo que simultáneamente esa misma tarde pasaría a sólo poca distancia de allí, al otro lado del muro, en “Berlín Este”. La amenazante crisis del bloque oriental (desde 1953 y 1961 la situación no había sido tan seria), la insolvencia de la República Democrática Alemana, las protestas masivas, la fuga masiva, la presión política, bien desde Moscú, Praga o Budapest. Todo ello arrancó por la fuerza al SED (Partido Socialista Unitario Alemán) en Berlín “Este” las primeras concesiones en materia de humanidad. En torno a las siete de la tarde, eran exactamente las 18:57 horas, el miembro del Politburó Schabowski respondió en una conferencia de prensa convocada a toda prisa a la pregunta de que a partir de cuándo estaría vigente la nueva regulación de visados con un seco: “Por lo que yo sé, enseguida, de inmediato”. Nadie podía pensar que con ello estuviera dado el primer impulso para la quizás re-evolución más pacífica de la historia internacional.

Y efectivamente es así como ocurre. Ya a las siete y veinte de la tarde se sabe en la editorial Springer: “¡La frontera está abierta!” Esa misma tarde del 9 de noviembre de 1989, el muro de Berlín se viene abajo y se abre el camino para una nueva era. Sin violencia ha concluido la Guerra Fría y la división del mundo está superada. Las puertas hacia el futuro están abiertas y todo el mundo lo percibe. Muy pronto la gente salta del Este al Oeste y del Oeste al Este. En torno a las once de la noche se da también en el paso fronterizo de la calle Bornholmstr. la última orden: “Cese de todos los controles. Ahora pueden fluir las masas.” Fue la revolución más bella que nunca hubo en Alemania. Un momento estelar de la libertad, pero también de la ausencia de violencia. Un momento afortunado para el mundo, para Europa, para Alemania. La gran hora de la paz.

Más tarde, el BZ (periódico berlinés) titulaba refiriéndose al 9 de noviembre de 1989: “Cuando se venció al monstruo”, y no se sabe exactamente si con monstruo no se refiere también a aquella Alemania que metida en su día en dos crisis internacionales amenazantes sólo había apostado por la guerra y una y otra vez por la guerra, de cuyos últimos coletazos también formó parte este sangriento muro. No, el muro de Berlín no era cualquier muro. Era símbolo de aquella enfermedad universal que se llamaba Guerra Fría. Y hasta el 9 de noviembre de 1989 se daba por seguro que ese muro sólo caería por el precio de la 3ª Guerra Mundial. ¿Y qué hubiese pasado si un resto abyecto de aquella Alemania criminal de guerra hubiera ladrado órdenes de disparar?



En 1992 recibieron los nuevos ciudadanos honorarios de Berlín, Kohl, Reagan y Gorbatschow, el reloj de la paz

Pero el monstruo fue vencido. El 9 de noviembre de 1989 una nueva Alemania se había puesto por primera vez de acuerdo en que no se debía apostar por la guerra y la violencia cuando amenaza una crisis internacional, sino que se debía apostar por la re-evolución en paz y libertad. Aquí y ahora, en mitad de Berlín, comenzó una nueva época, y comenzó de manera tan evidente como se pone en movimiento el péndulo de un reloj.

Pero volvamos a Berlín “Oeste”, volvamos al 115 aniversario del joyero LorenZ, volvamos a la vega de la paz, donde tampoco se vislumbraba nada de la re-evolución de época que se avecinaba, ¿o sí? Poco antes de las siete de la tarde, al mismo tiempo que tenía lugar la declaración de prensa de Schabowski en Berlín “Este”, el joyero LorenZ descubre la sorpresa de la tarde: “Queridos invitados, hemos realizado muchos diseños y los hemos vuelto a desechar hasta que finalmente este objeto de arte de relojería ha podido estar ante ustedes hoy. Su esperanzador mensaje dice: “El tiempo acaba con todos los muros.” Luego se pone en movimiento el péndulo. Son las 18:57 horas. El reloj de peso comienza a andar.

La estancia se llena con su sonido suave y pesado. Siguen palabras referidas al mecanismo del reloj, a la inscripción, a la forma. ¿No se asemeja el objeto de arte de relojería a un portón que invita a entrar en una nueva época?



El ex Alcalde Presidente de Berlín, Eberhard Diepgen, entrega el reloj de la paz a Michail Gorbatschow

Entonces ocurre lo inconcebible. De golpe y porrazo se extiende la noticia entre los invitados de que el muro de Berlín acaba de caer. Se va por un televisor, y así es. ¡En él unas primeras imágenes dan muestras del fin del muro! Y aquí anuncia el reloj recién puesto a andar el feliz mensaje: ¡El tiempo acaba con todos los muros!

Con lágrimas en los ojos contemplan los invitados con asombro el coloso de relojería, oyen sosegados hacer tictac a su mecanismo de relojería benedictino, miran las columnas que se parten, leen la inscripción “El tiempo acaba con todos los muros” y contemplan asombrados las simultáneas e inconcebibles noticias que hablan de la caída pacífica del muro. Finalmente exclama uno de los invitados: “¡Este sí que es un reloj de la paz, un auténtico reloj de la paz de Berlín!”

Y así se convirtió la hora del nacimiento del reloj de la paz de Berlín en la hora de la muerte del muro de Berlín. ¿Qué otra cosa mejor podría demostrar la competencia del reloj de la paz para transmitir el mensaje “El tiempo acaba con todos los muros”? Y como el tiempo mismo, tampoco este primer testigo del tiempo de la caída del muro se ha quedado parado en el 9 de noviembre de 1989. Pronto comenzó el joyero LorenZ a fabricar espléndidas réplicas de un tamaño de unos 30 cm.

En el año 1992 los tres primeros relojes de la paz fueron a parar a manos de Gorbatschow, Reagan y Kohl. En 1999 se entregó al antiguo presidente de los Estados Unidos, George Bush, otro reloj de la paz más. Porque también había sido la interacción Este-Oeste la que había hecho que la caída del muro de Berlín no se convirtiera en un casus belli de política internacional, sino en un casus pacis ejemplar. ¿Es acaso la política de las antiguas grandes potencias que acompaña al final pacífico de la Guerra Fría el equivalente multilateral de la política actual de la administración estadounidense de George W. Bush?



En 1993, la Madre Teresa recibe en Calcuta el símbolo del tiempo de Berlín

En 1996 se le entregó un reloj de la paz al Papa Juan Pablo II. Como señal de que la paz en absoluto es sólo cosa de la política sino también de las religiones, que si no se respetan otras creencias y a otros creyentes siempre reinará la discordia. Y con la entrega con éxito del reloj de la paz nº 1 en 1993 en India a la Madre Teresa de Calcuta no solamente se apela al conflicto Norte-Sur. Los Misioneros de la Caridad de la Madre Teresa de Calcuta trabajan también en Alemania. El amor al prójimo, esto es aquella labor de paz del día a día que comienza con el prójimo, no entiende de muros divisorios.

Por iniciativa totalmente privada han salido de esta forma hasta el año 2000 siete relojes de la paz como símbolos horarios de esperanza desde Berlín Friedenau hacia el resto del mundo, a Rusia, a Roma, a Estados Unidos, a Bonn, a India; hacia los representantes de la política internacional, de las religiones del mundo, y se puede decir, de la ética del mundo. Y cada uno de los relojes de la paz es un testigo horario del 9 de noviembre de 1989, un mensajero de Berlín de un mundo mejor, un portador de esperanza de un tiempo venidero, de un tiempo en el que no existirán los muros por culpa de la infamia, de la envidia, los muros en las mentes y los muros en los corazones, los muros de la inhumanidad y los muros del odio. Eso es lo que quiere significar la inscripción del reloj de la paz de Berlín: “El tiempo acaba con todos los muros”.



En 1994, se entrega el reloj de la paz a la Sociedad Parlamentaria Alemana en presencia de Rita Süßmuth

La historia contemporánea del reloj de la paz de Berlín se hace oficial en el año 2002. En ese año funda el Comité de la UNESCO de Berlín junto con el joyero LorenZ y con el respaldo del Senador de Ciencia y Cultura el “Premio del reloj de la paz de Berlín”. La concesión de este premio será apoyada por patrocinadores de renombre y seguirá teniendo lugar todos los años el 9 de noviembre en Berlín. Un consejo de administración formado por personalidades relevantes decidirá en adelante quiénes serán los futuros galardonados. Los receptores del “Premio del reloj de la paz de Berlín” serán personas o instituciones de todo el mundo que sienten precedentes esperanzadores para la superación de barreras entre clases, razas, pueblos, naciones, culturas, religiones, ideologías, partidos y personas.

El 9 de noviembre de 2003 concedió el Comité de la UNESCO de Berlín por vez primera el “Premio del reloj de la paz de Berlín”. La Cancillería del Senado hizo publicar oficialmente con respecto a ello: “(Hoy) entregó el Alcalde Presidente de Berlín, Klaus Wowereit, al ex-embajador israelí en Alemania, Avi Primor, en la iglesia de Friedrichswerder el premio del reloj de la paz de Berlín. A Primor se le rindieron honores por su implicación en la superación de las diferencias entre Israel y Palestina y por sus esfuerzos por la paz en Oriente Próximo.(...)”



En junio de 1996 el Papa Juan Pablo II recibe en Berlín de manos del cardenal de Berlín Sterzinsky otro reloj de la paz más

El Alcalde Presidente dijo en su laudatoria entre otras cosas.: “El 9 de noviembre es de cierto el día más difícil del calendario de los alemanes.(...) Es un día de máxima alegría y de máxima aflicción, al mismo tiempo también un día para sentir la más profunda vergüenza.(...) El que también el reloj de la paz forme parte del inventario de este día, es una más de las muchas paradojas en torno al 9 de noviembre. El reloj fue destapado por vez primera aquella tarde en la que cayó el muro. Por este motivo el reloj de la paz es concedido a una personalidad de categoría el día que cumple años. Hoy recae este gran honor sobre Avi Primor. Una buena elección a mi parecer, y el lugar y la fecha no podrían ser mejores en este caso. Puesto que Avi Primor ha hecho unos méritos excepcionales por Berlín y por la paz, y también y precisamente ha sentado bases para la reconciliación entre Alemania e Israel.” En su declaración del 9 de noviembre de 2003, Avi Primor había dicho: “El reloj de la paz de Berlín también va a servir de estímulo a mi círculo de amistades de Israel para convencer a nuestra población de que se tome el tiempo de acabar con los muros de la desconfianza.”

Con el inicio y la institucionalización del “Premio del reloj de la paz de Berlín”, el Comité de la UNESCO de Berlín se hace cargo de la obligación transnacional que significa en verdad el 9 de noviembre de 1989, porque la caída del muro de Berlín, la re-evolución de 1989 no fueron ninguna noche de fiesta ya programada entre alemanes occidentales y alemanes orientales, no. Esta re-evolución marca época, está tan repleta hasta arriba de los destellos de alegría de la esperanza que casi invita a compartir esta esperanza con todo el mundo.



George Bush, ex presidente de los Estados Unidos de América, recibe en 1999 el reloj de la paz de Berlín

El destino quiso que nos tocara como auténtico portador de esta esperanza el reloj de la paz de Berlín. Al tiempo que caía el muro surgía el símbolo auténtico horario de un mundo sin muros. Llevemos este símbolo auténtico horario, esta señal de tiempo de esperanza a aquellos que tanto a pequeña como a gran escala superan los muros de forma ejemplar y abren caminos hacia un mundo de convivencia pacífica.

Y digámosles a su vez “a los cansados, a los pobres, a las masas humilladas que anhelan su libertad”: Si incluso el muro de Berlín, ese esperpento de cemento solidificado de la Guerra Fría que envolvía al mundo, pudo caer pacíficamente, entonces pueden y entonces podrán venirse abajo pacíficamente también otros muros, con el tiempo. Entonces pueden y entonces podrán también en otras partes del mundo abrirse caminos hacia un futuro mejor, un futuro más humano, con el tiempo.



Avi Primor, ex embajador de Israel, recibe el reloj de la paz de Berlín en 2003 (Comité de la UNESCO de Berlín)

Si el S. XXI es un siglo de la paz, de la libertad y también de la no violencia, entonces nació el jueves, 9 de noviembre de 1989 a las 18:57 horas, cuando el muro murió y llegó la hora del reloj de la paz de Berlín.

El original se puede ver en:

Joyería LorenZ – Rheinstraße 59 – 12159 Berlín-Friedenau

Tel.: 8 51 20 20 Horario: lunes a viernes de 10 a 18 horas